

Fiebre, única de todas las divinidades de Roma, que había dado cortejo á Claudio.

» — Tú, le dijo, que has visitado más países que el más infatigable muletero, bien sabrás que hay lioneses. Pues bien, este hombre es del municipio de Planco, es un galo, un franco-galo. — Sobre esto, enojado y aun furioso Claudio, ordena y manda que se lleve á la Fiebre al suplicio. Pero, á ver cómo lo desatataban y burlaban todos los circunstantes, hubiérase dicho que eran sus libertos.

» Sin embargo, se congrega el olímpico senado y...» Mutuada la obra en este punto, no nos permite asistir sino al final de la sesión, en el momento en que el *padre Jano*, jovial frequentador del Foro, toma la palabra. Jano da á entender que en otro tiempo era una gran cosa ser dios, pero que ya, por el abuso de conceder tan alto honor, se hacía un dios de cualquier cosa, habiendo así venido á menos la divinidad. Con esto vota porque no se hagan ya más dioses, y propone que el primero que, hecho dios en la tierra, de barro ó de bronce, llegue al Olimpo, sea pasado por las varas.

Júpiter es de otra opinión. «Importa á nuestra república, dice, que no sea Rómulo el único que saboree la dulce ambrosía. Voto, pues, por que el divino Claudio conserve su divinidad y por que se añada esta maravilla á las *Metamorfosis* de Ovidio.»

Las opiniones estaban muy divididas. Hércules, ganado ya á la causa de Claudio, iba de aquí para allá como si fuera un senador romano, diciendo para granjearse voluntades: «No me desairéis; tengo mucho interés en el negocio, y os prometo estar á la recíproca, cuando para otro negocio de vuestro interés, me necesitéis vosotros.»

«En esto se levanta el divino Augusto y por la primera vez desde que está en el cielo hace oír su noble facundia. Refiere los asesinatos de Claudio ordenados sin haber oído á las víctimas. Esto, dice, no se hace en el cielo. Ved al mismo Júpiter: bien le rompió una pierna á Vulcano, arrojándolo de lo alto del Olimpo y suspendió de los pies á su mujer un día en que estaba enojado; pero no mató jamás á nadie, á pesar de hacer tanto tiempo que reina. En verdad si continuáis haciendo dioses semejantes, nadie va á creer ya en los dioses.

» Esta opinión prevaleció contra todas. Mercurio agarró entonces á Claudio por la nuca y fué con él camino del infierno. De paso vieron en la vía *Sacra* una ceremonia de funerales, y como en ella no se habían omitido gastos, claro era que se trataba de un dios. Allí fué donde Claudio acabó de comprender que estaba realmente muerto. Nar-

ciso se apresuró á recibirlo y precediéndolo gritaba como un heraldo: «¡Claudio, Claudio llega!»

» Luego al punto acudió la multitud de sus víctimas, batiendo palmas y cantando el himno de los sacerdotes de Apis: «¡Lo hemos encontrado! ¡Lo hemos encontrado! ¡Alegraos!» Claudio por demás sorprendido, les pregunta por qué casualidad están allí reunidos todos sus deudos, amigos y conocidos. «Tú, asesino, tú eres quien aquí nos ha enviado,» le contesta Pompeyo, á quien Claudio había devuelto su nombre de *Magno*, pero cuya cabeza le había quitado.

» Y lo arrastran ante Eaco, quien lo condena sin oírlo diciéndole: «Sufrir lo que has hecho sufrir tú á los demás.» Claudio encuentra injusto el procedimiento, pero no nuevo, pues ya lo conocía él de más. Cuando se trató de imponerle la condigna pena, unos proponían que ocupara el lugar de Tántalo, otros el de Sísifo, otros el de Ixión.

» Pero Eaco dijo que, dando la licencia á aquellos veteranos del infierno, se dejaría á Claudio la esperanza de obtenerla también más ó menos remota, y condenó al imbécil y ávido vejete á perseguir un logro que huirá de él eternamente, á jugar por siempre jamás á los dados con un cubilete sin fondo.

» Ya empezaba á jugar el nuevo hijo de Danao procurando coger los fugitivos dados con sus trémulas y crispadas manos, cuando aparece Calígula y lo reclama como esclavo suyo, produciendo testigos que declaran bajo juramento haberlo visto como amo de Claudio, azotarlo con unas correas. En virtud de esta prueba, reivindica sus derechos, apoderándose de su esclavo y entregándolo á sus libertos, que obligan al César de los procedimientos á arrastrar perpetuamente cargas de procesos.»

Este libelo mitológico hubo de parecer al pueblo, ó más bien á los cortesanos del nuevo reinado, faltar de conclusión y de audacia, y suplieron la falta sustituyendo el suplicio del emperador contrahecho con una más graciosa metamorfosis, es, decir transformando á Claudio en una calabaza.

Claudio merecía acaso esta oración fúnebre que entrega á la burla así á los señores del cielo, como á los de la tierra; pero no tocaba escribirla al lisonjero de Claudio (1). Sin embargo, no estoy cierto de que Horacio y aun el mismo Augusto no se hubieran reído en secreto de esta impertinente contestación al *Carmen seculare* del año 17 a. de J. C. A sesenta y tres años de distancia, era sin duda la misma sociedad, pero el filósofo satírico le quitaba la máscara que el primer emperador y su laureado poeta habían procurado ponerle.

CAPITULO LXXV

NERÓN (2) (13 OCT. 54—9 JUNIO 68)

I. — QUINQUENNIO NERONIS.

Augusto no se había atrevido á establecer el derecho hereditario ni el principio mejor de la adopción. Era, sin embargo, inevitable, ya que toda autoridad se remitía al príncipe, que en una ú otra forma, entrara en los espíritus esta idea de la trasmisión hereditaria para pasar luego á las costumbres. Prodióse, en efecto, pero de una manera indirecta y bastarda como todo lo que provenía de aquella constitución hipócrita; de modo que hemos llegado al quinto emperador sin haber visto aún una sucesión natural ó

una adopción determinada por razones de Estado. Bien recurren los Césares á la adopción, aun teniendo legítimos descendientes, lo cual sería loable, si la inspiración del interés público designara las personas; pero la elección se hace al azar, según place á las gentes de palacio ó á los

(1) *Cons. ad Polyb.* 26, 31, 32. El *Ludus de morte Claudii*, vulgo *Apokolokyntosis*, es una sátira Menipea, mezcla de prosa y verso; tales anapestos son elegantes y vivos y, cosa singular, recuerdan en su corte ciertos himnos de la Iglesia.

(2) El nombre oficial de Nerón en inscripciones y medallas es *Nero Claudius Caesar Augustus Germanicus*.

soldados de las guardias: los unos quieren un príncipe que conducir, los otros un emperador que poner á precio; y para esto, todos son buenos, niño ó anciano, pedante imbecil como Claudio, ó histrión feroz y horroroso como Nerón.

El nuevo señor del mundo apenas tenía diez y siete años (1); era de la gens Domicia y de la rama que llamaban *de la barba de bronce*. Todas las nobles familias romanas pretendían haber tenido alguna relación con los dioses, y los Enobarbos referían que los Dioscuros habían encargado á uno de sus antepasados comunicar al senado la victoria del lago Regilo, y que en prueba de su divinidad habían tocado su barba, que instantáneamente dejó su negro color y tomó el amarillo cobrizo.

Esta particularidad fisonómica permaneció en la familia; pero tenía otra condición también característica: era una raza dura y violenta; «cabezas de hierro y corazón de plomo,» decía Craso. El padre de Nerón hubo de matar á un liberto, porque no quiso beber hasta la embriaguez, como Enobarbo quería; en la vía Apia había atropellado adrede á un niño, aplastándolo bajo los pies de su caballo, y en pleno foro saltó un ojo á un caballero, sólo porque se atrevió á contradecirle.

El hijo fué digno del padre: era de genio hipócrita, cobarde y malvado, bien dispuesto por consiguiente para los crímenes ordinarios y propios de los déspotas romanos: la naturaleza le había dado cierta afición á la poesía, al arte, lo que por impotencia de alcanzar el arte mismo, lo hará envidioso de los artistas y poetas, y luego cruel con los que puedan merecer bien y ganar el ramo de oro. Vamos pues á ver ante nosotros un tirano vanidoso y grotesco, sórdidamente libertino, que no legará á la historia ni un pensamiento ni un acto meritorio que pueda velar algo de sus cínicas infamias.

Y con todo eso no habían faltado á Nerón los maestros más famosos; pero la educación no se da solamente con libros, con preceptos: valen más que todo los buenos ejemplos. Por eso, los consejos de Séneca y de Burro fueron menos eficaces que la enseñanza práctica de una corte licenciosa y sanguinaria: Nerón fué lo que lo hicieron las costumbres de Roma, la índole que heredó de su raza y sobre todo el poder absoluto. La púrpura que sus tres predecesores habían teñido en la sangre de tantas víctimas, estaba impregnada, como la túnica de Hércules, de mortífero veneno, é inoculaba la crueldad que hacía, primero un verdugo y después una víctima, del imprudente bastante temerario que se atrevía á ceñirla, sin ser capaz de defenderse contra el virus ponzoñoso.

Fuera de esto, Nerón no era tampoco discípulo de un sabio: Séneca, á quien Burro dejaba la dirección de esta educación imperial, menos merece el título de filósofo que se le da que el sobrenombre de su padre llamado el *retórico*. Este hacía declamación á propósito de lugares comunes, y su hijo hacía retórica á propósito de filosofía. Era filósofo, como Lucano poeta, como Plinio orador, como historiador Tácito: todos ellos declamaban; pero sólo el último con genio.

Séneca es un nuevo ejemplo de las tendencias prácticas del genio romano: elegante y hábil ordenador de palabras, pasó por todas las escuelas sin detenerse en ninguna, bien que la de Cenón mereciera sus preferencias literarias. De

paso hubo de recoger esas verdades morales que constituyen el fondo común de la humanidad, y que, buscando bien, se encuentran, en proporciones diferentes, por debajo de todos los sistemas que han durado. «No es más que arena sin cemento,» decía Calígula de sus escritos; pero en esta arena brillaban pajitas de oro.

Así, pues, ha venido á ser, como Cicerón, uno de los maestros de la juventud: en tiempo de Quintiliano, que lo juzga con severidad, y sin embargo con justicia, sus libros estaban en todas las escuelas. Hay, empero, entre los dos filósofos la diferencia de que el estilo del uno, lleno de afectación y sutilezas, está cargado de una exornación, que no es ya el gran arte de escribir, mientras la dicción del otro es el modelo de la elegancia latina. En Cicerón todo es sencillo y viene sin esfuerzo: es ingenio y del mejor, con cierto calor penetrante en que se reconoce al hombre excelente y al buen ciudadano; en Séneca se siente demasiado el trabajo del retórico, que dispone friamente una obra, donde se encuentra más arte que convicción, menos fuerza de ingenio que de talento en buen decir. En aquella época, en que se jugaba con todo hasta con la vida, y en que las letras venían á ser, como en nuestros tiempos, un oficio, Séneca fué hasta su última hora un actor consumado: su papel fué el de un hombre virtuoso, su tema la filosofía moral. Se le ha llamado un director de conciencia; quiso en efecto serlo, á condición de que se le dispensara de dirigir la suya, y puso á un lado sus máximas y á otro su conducta. «En sus libros, dice un antiguo historiador (2), condenaba la tiranía, y sin embargo fué maestro de un tirano; los cortesanos y no salía de la corte, la lisonja y nadie aduló más bajamente.» Encomiaba la pobreza en medio de inmensas riquezas; las honestas costumbres, y al decir de Dion, no valía más que sus contemporáneos; una vida sencilla en jardines que competían con los del mismo emperador y en casas de campo, en *villas* que rebosaban de todos los refinamientos de la elegancia romana.

«Quisiera yo saber, decía en pleno senado un antiguo procónsul en tiempo del mayor prestigio de Séneca, quisiera yo saber por qué procedimiento filosófico ha reunido Séneca en cuatro años trescientos millones de sestercios.»

Para acabar como había vivido, murió con énfasis. A pesar de su tratado de la Providencia y de sus elogios del suicidio á la manera de Catón, tenía mucho apego á la vida para anticiparse á Nerón; pero llegado que hubo el mensajero de muerte, hizo libaciones á Júpiter Libertador, declamó sus más brillantes máximas y por celos acaso animó á la hermosa Paulina, su mujer, á morir con él.

Estas palabras parecerán severas, pero sabido es lo que con demasiada frecuencia valen para la acción, para la conducta enérgica y prudente de los negocios de Estado esos brillantes ingenios, cuyos cadenciosos períodos no hubieran debido resonar nunca fuera del pretorio ó de la cátedra de Quintiliano.

En otro lugar haremos justicia al escritor que respondió mejor á las necesidades de aquellos pavorosos tiempos con su filosofía de la muerte (3). Aquí sólo buscamos al hombre bajo el supuesto sabio que Agripina había dado por

(2) Dion, que es muy severo con él, lo acusa de haber causado en gran parte la sublevación de la Bretaña con sus exorbitantes usuras en préstamos que importaban diez millones de dracmas. El mismo Séneca confiesa que se dedicaba á negocios de comercio hasta en Egipto (*Epist.* 77; *de Vita beata*, 17).

(3) Garat, que se puso á leer de nuevo á Séneca en tiempo del Terror, dice: «No nos quedaba ya entonces más que una cosa que aprender, á morir.» Es casi toda la filosofía de Séneca. Havet, *le Christianisme et ses origines*, tom. II, p. 256.

(1) Nació en Anco el 15 de diciembre del 37: era miope y usaba un lente hecho de una esmeralda labrada (*Plin. Hist. nat.* XXXVII, 64). El cognomen de la gente Claudia, *Nero*, era una antigua palabra sabina, que significaba bravo y audaz, *fortis et strenuus* (Suetonio, *Tiber.* 1).

maestro á su hijo, y nos creemos obligados á reconocer y declarar que aquel egoísta que, después del cuidado de su fortuna y de su reputación, no veía nada por encima del arte de discurrir bien, no era, no podía ser sino un mal maestro y un ministro menos que mediano.

Séneca no imaginó para su discípulo otro sistema de educación que el régimen en uso á la sazón y que nos ha quedado. La retórica constituía su fondo, y el estudio de los poetas, su forma esencial, es decir el abuso de las palabras armoniosas, de las imágenes brillantes, de las ideas vagas ó á veces demasiado precisas, y el perpetuo empleo de aquella mitología que hacía descender tan á menudo los dioses á la tierra, que con ella no podía el espíritu remontarse al cielo.

Suetonio acusa también á Séneca de haber apartado de la vista del joven príncipe los antiguos oradores, cuya viril palabra gobernaba las ciudades, con la interesada mira de no perjudicar sus propios discursos exponiendo á un parángón peligroso la verdadera elocuencia y la mera declamación.

El discípulo, como el maestro, tuvo apariencias brillantes; para el senado y la declamación cierto aire grave, frases pomposas y palabras de efecto; pero en la vida privada se le dejaron tomar gustos fútiles y bajos. Séneca había adivinado las recomendaciones de Rousseau: Nerón aprendió á hacer muchas cosas, con lo que se contaba para ocuparlo y distraerlo: supo pintar, grabar, esculpir, guiar un carro, acompañarse á la lira, hasta hacer versos, bien que recurriendo á hábiles correctores que se cuidaban de alinearlos (1). Más hubiera valido cien veces educarlo para los negocios.

Todo esto, sin embargo, en cierta medida, hubiera estado bien, si para arreglar ó contener aquella actividad exterior y múltiple, hubiera sabido el filósofo poner en el corazón de su imperial discípulo esas fuertes doctrinas del deber que son en la vida moral lo que en la nave el lastre: la condición de equilibrio y de estabilidad. Y no es que fuera parco en preceptos, no; dábale muchos y por manera doctoral. Si le quería inculcar la clemencia, luego al punto le dedicaba todo un tratado sobre esta virtud, y se daba igual prisa en publicarlo; ó bien redactaba otro sobre la cólera con las más bellas sentencias pedagógicas. La vanidad, esa enfermedad de los artistas, tan funesta á los hombres de Estado, le hacía también componer sobre todo asunto, para su imperial discípulo, multitud de discursos, en cuya virtud sólo se hablaba en la ciudad del filósofo y del genio del escritor. En ello, servía sus intereses y en cuidado se lo tenía; pero esta educación de palabras y figuras, pedantesca, declamatoria y falsa, conducía á Nerón á no dar más importancia á las cualidades que se le recomendaban de esta manera que á los demás temas habituales de los retóricos.

Escuchaba más y comprendía mejor, cuando Séneca le decía ya las mismas ó parecidas palabras que Willero y á Luis XV niño: «Ved esta ciudad, ved ese pueblo: todo es vuestro.» Después de esta enseñanza de su omnímodo poder ¿de qué servían las máximas de Cenón en el ánimo de aquel furioso?

No nos atreveríamos á decir que no era esto sino un cálculo de Séneca, á quien convenía para conservar el poder no enseñar nada á Nerón de sus deberes de príncipe, de su

(1) Un habilísimo escritor ha dicho de él: «Pintaba bien, esculpía bien, componía bien.» Suetonio (*Nero*, 52) dice, en efecto, que hacía todo esto, pero sin añadir que lo hacía bien; y Tácito (*Ann.* XIII, 3) no le concede más que haber conocido los elementos de la poesía: *Inesse sibi elementa doctrina ostendebat...* Nerva, el futuro emperador, era uno de sus aliañadores (Marcial, *Epigr.* VII, 70).

oficio de gobernar. Pero hubiera sido menester que Séneca mismo conociera este oficio, y el filósofo no tenía probablemente el sentido práctico ni la firme voluntad que hacen á los grandes ministros (2).

Temo que la austera reputación de Burro no esté más sólidamente sentada que la de Séneca. Vamos á ver sus culpables complacencias con Nerón, y Josefo, contemporáneo suyo, lo acusa de haber vendido á los sirios por una crecida cantidad las cartas imperiales que fueron causa de la sublevación de los judíos y de su desastrosa guerra.

Por lo demás, los dos tienen una excusa: Nerón salía apenas de la infancia el día en que se irguió á mandar el mundo. ¿Cuánto tiempo sabrá mandar sus pasiones en medio de una sociedad en que los más sabios rara vez eran dueños de las suyas? Cinco años, decía la antigüedad, olvidando que durante este quinquenio tan ponderado ocurrieron el fratricidio de Británico y el parricidio atroz de Agripina. Ciertamente entonces el envenenamiento de un presunto heredero pasaba por medida de prudencia y que los asesinatos domésticos parecían asuntos privados en que no tenían nada que ver los extraños.

Nerón, como Calígula, comenzó bien, pero pervertido por el mismo poder, acabó mal como él. En un discurso que Séneca compuso para que él lo declamara, prometió al senado tomar á Augusto por modelo y separar su casa del Estado, á fin de que todo se hiciera á la luz del día, no ya por los favoritos del príncipe y en las sombras del palacio, sino según las leyes, por los Padres conscriptos, por los cónsules, por los magistrados de la república. Encantado de tan bellas promesas, quiso el senado ligar al príncipe con sus propias palabras, y decretó que se grabaran en una lámina de plata, y que todos los años dieran los cónsules solemne lectura de ellas.

Pero repetido el discurso y terminada la representación, volvió Nerón á sus placeres, á la peligrosa compañía de sus amigos que lisonjaban ya sus nacientes pasiones, y tendrán elogios para todas sus locuras y disculpas para todos sus crímenes. Esta corte frívola y ambiciosa que se forma al rededor del príncipe no se atreverá en algún tiempo á entrar en pugna con la otra en que reinan su madre y sus viejos ministros. Otón, el licencioso Petronio, á quien llama el *arbitro del gusto*, y todos sus alegres compañeros respetan aún á Agripina; Burro se les impone, y Séneca se muestra bastante fácil para no irritarlos. Pero que la emperatriz y los consejeros permanezcan muy unidos, porque si se dividen, aquella juventud dorada les echará la zancadilla.

Por de pronto, Nerón es buen hijo y buen príncipe: tiene caricias para su madre, piedad para los desgraciados, dulces y nobles palabras para templar los rigores necesarios. En el primer combate de gladiadores que dió, no permitió que se matara á nadie, y un día en que Burro le presentó á la firma dos sentencias de muerte: «¡Ah! exclamó, quisiera no saber escribir.» Otra vez, al dirigirle el senado acciones de gracias, interrumpió diciendo: «Esperad, esperad que las merezca.» Séneca sin duda le había inspirado estas palabras, como quiera que esta delicadeza tan poco romana entraba en el papel que quería hacerle desempeñar. El filósofo que creía en la eficacia de los períodos cadenciosos y de las frases de efecto, pensaba haberlo ganado todo, cuando el príncipe recitaba bien su lección.

Fuera de esto, Agripina tenía interés en no madurar

(2) Los literatos y filósofos tienen naturalmente mucha indulgencia para con Séneca; no la tiene ya entre los historiadores (C. H. Schiller, *Gesch. des Nero*, passim, y p. 294 y sigs.).

muy temprano el ánimo de su hijo: había elevado á Nerón al imperio, sobre todo para reinar ella en su nombre. Se cree que un astrólogo le había predicho que su hijo llegaría á ser emperador, pero que la haría morir. «Muerá con tal que reine,» se supone que contestó. Esta anécdota, como tantas otras, se inventó después de los acontecimientos, y no revela sino á medias el carácter de Agripina. Las palabras que nuestro poeta pone en sus labios son mas verosímiles:

Temèrale, si èl no me temiera.

La emperatriz no podía aspirar tampoco á conservar exclusivamente el poder; pero á lo menos esperaba compartirlo. Burro y Séneca, hechuras suyas, el liberto Palas, su mayordomo y favorito, debían guardarse de oponerse á sus designios, y Nerón mismo parecía que aceptaba esta intrusión. Ya en otro lugar dijimos que había condenado á muerte por su propia cuenta á Narciso (1) y por cuenta de su hijo á Silano. Su previsión maternal no se hubiera detenido aquí: si los dos ministros no se hubieran opuesto á sus malos designios, con otros asesinatos habría desembarazado á Nerón de todos cuantos hubieran podido un día ú otro hacerle obstáculo.

Por eso, el joven emperador se mostraba agradecido á aquel amor de leona defendiendo á su cachorro con dientes y garras: la primera consigna, ó santo y seña, como decimos nosotros, que se dió á las tropas de las guardias fué esta: «La mejor de las madres.» Por su parte, Agripina no lo dejaba á sol ni á sombra: escribía sus despachos, dictaba sus notas á los embajadores, y á fin de que á toda Roma constara su poderosa influencia, salía con él en la misma litera, cuando no le hacía que acompañara á pie la litera en que ella iba. No se atrevía á seguirlo á la curia; pero hacía que se reuniera el senado en su propio palacio y entre cortinas, podía escucharlo todo. Una vez recibía Nerón á unos enviados armenios, cuando improvisamente se presentó Agripina y se dirigió al estrado del emperador para sentarse á su lado; pero advertido por Séneca, Nerón salió á recibirla, previniendo con una muestra de respeto lo que hubiera escandalizado aun á los romanos de aquel tiempo: la aceptación pública de la altiva intervención de una mujer en los negocios de Estado.

Muy luego les pareció necesario á ambos ministros tener á raya aquella dominación que había envilecido á Claudio y hacer que se respetara al emperador aun por su misma madre. Por desgracia, ni á Burro ni á Séneca, á pesar de la austeridad de sus doctrinas, se les ocurrió otro expediente para combatir la influencia de Agripina que el de favorecer las pasiones del príncipe. Sus amigos Otón y Seneción tuvieron más libertad para sus demasías de lenguaje y para sus desórdenes, y el mismo Séneca favoreció unas relaciones por las cuales comenzaron las liviandades de Nerón. Un deudo suyo sirvió de encubridor de los amores del príncipe con la liberta Acte; cosa fea, de que se disculpaba sin duda ante su filosofía, repitiendo las palabras que le atribuye un antiguo escoliasta de Juvenal: «Impidamos que esta bestia brava pruebe una sola vez la sangre.»

Nerón se arrojó con ardor en el camino que se le abría y muy pronto trató de casarse con la liberta, repudiando á la casta Octavia su esposa. Agripina se queja de que se le dé una esclava por rival y con sus agrias reconversiones aleja, en vez de atraer á su hijo. Echa de ver ella este des-

(1) Narciso se había opuesto á su casamiento con Claudio, y poseía cien millones de sestercios, de que se apoderó Agripina.

pego, y como no es la virtud ni la buena fama del príncipe lo que le importa, cambia luego de tono y de conducta, se acusa de una severidad impropia y fuera de lugar y le prodiga deleites y oro, porque Palas le ha procurado un tesoro tan rico como el del emperador.

Era ya demasiado tarde: las incestuosas caricias fueron tan inútiles como sus enojos y reconversiones. «Preferiría, decía Nerón, renunciar el imperio á soportar por más tiempo esta dominación.» Los ministros no dejaron dudar á Agripina de la pérdida de su predominio é influencia, relevando á Palas de su empleo en palacio. A este golpe que la hiere doblemente, prorrumpen en tremendas amenazas,



Británico, de toga (2)

pues quiere revelarlo todo: conducirá á Británico al campamento de los pretorianos; les dirá los crímenes de la casa de los Césares, y el veneno y el incesto y todo saldrá allí á relucir, para que se reintegre en su derecho al legítimo heredero del imperio que un intruso retiene para deprimir y deshonorar á su propia madre.

Nerón conservaba muy buen recuerdo del *manjar de los dioses* (3) para no anticipárselo. Británico, dice Tácito, cumplía entonces quince años. Como, en las fiestas de las Saturnales, Nerón y él jugaban con jóvenes de su edad y convinieron en sortear el trono, que cayó al emperador. Este dió á los demás órdenes fáciles de cumplir; pero mandó á

(2) Estatua de bronce del museo de Nápoles (Roux, *Hercul. y Pomp.* t. VI, 1.ª serie, p. 73).

(3) Θεῶν Βρῶμα: era el nombre que daba á los hongos con alusión al manjar que había hecho de Claudio un dios... envenenándolo antes.